

COMENTARIO

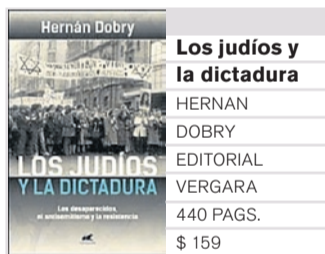
Bajo la noche de la dictadura

Hernán Dobry es un periodista argentino que ha publicado trabajos sobre la comunidad judía como **El rearme argentino durante la dictadura** y **Los rabinos de Malvinas** y ahora **Los judíos y la dictadura** con mucha documentación, incluso clasificada de los EE.UU. o Israel, donde el tema de la represión, desapariciones y exilio de judeo-argentinos domina el trabajo que es rico, además, en analizar la actitud de las diversas entidades judías en tiempos del terror.

Hay un interrogante planteado por protagonistas de este relato acerca de si la dictadura de 1976 fue o no un régimen nazi como lo creyó gran parte de la comunidad judía norteamericana y lo resaltó Jacobo Timerman, por caso, después de su secuestro, tortura y humillación. Informa el autor que Menajem Beguin, primer ministro de Israel, planteó el envío de navíos para evacuar a la colectividad, aunque el Estado judío no sólo no aceptó esa definición sino que mantuvo con la dictadura relaciones muy cordiales basadas, especialmente, en el suministro de armas, aprovechando la rendija –que se amplió hasta convertirse en portón y que permitió la prohibición de esas ventas por parte de Washington y algunos países europeos.

Dobry bucea la actitud de entidades de la comunidad, particularmente la DAIA, muy criticada entonces y después. Aporta opiniones de sus protagonistas y detalles de gestiones con el poder, particularmente con el ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, que en más de una ocasión resultaron exitosas. Se logró que se aceptara que detenidos de origen

judío marcharan a Israel, en virtud del derecho constitucional de opción. La DAIA, se cuenta, aplicó una política de gestiones de bajo perfil, mientras que otras organizaciones, sobre todo algunos rabinos, como Marshal Meyer y Roberto Graetz tuvieron actitudes combativas. Este último participó activamente en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, algo que no agradó a la DAIA. Meyer fue el “respaldo espiritual” de Timerman durante su arresto domiciliario y visitante con su colega de establecimientos penales, además de una apoyatura fuerte al semanario Nueva Presencia, que también molestó a la entidad tradicional, y que dirigió el periodista Herman Schiller. Dobry le asigna gran importancia al periódico que salió en los últimos años de la dictadura y fue la expresión del Movimiento Judío por los Derechos Humanos, que le dio una identidad especial a lo que hubo de lucha contra la dictadura.



Uno puede informarse en el libro sobre las distintas corrientes entre los creyentes judíos: ortodoxos, reformistas, conservadores, y la manera en que cada una de ellas y sus sinagogas afrontaron el drama. No hubo identidad de criterios como lo mostraba “La Luz”, vocera de los ortodoxos y dura con Meyer. Se cuenta de las gestiones directas de la embajada israelí, que no fueron rechazadas por el gobierno, o las de EE.UU.

ISIDORO GILBERT

la ZOB se cubrieron de gloria al enfrentar a la Gestapo y bandas de rusos blancos, ucranianos y lituanos anticomunistas.

El autor pudo escribir este texto porque encontró vivos a varios combatientes del gueto: Simha Rutheiser, Mark Edelman, Boruch Spiegel, Zivia Lubetkin, la mujer de mayor rango en la ZOB y novia de Isaac. Zuckerman dejó un libro de memorias “brutalmente sincero y detallado que se publicó a título póstumo. El texto está lleno de rabia y honestidad sin adornos ni veneración por los héroes”.

Las citas presentes en este libro han sido obtenidas en entrevistas, memorias, diarios inéditos

y material de archivo. El número de víctimas y redadas, el recuento de ejecuciones y torturas, o las tasas de inanición, provienen de investigaciones llevadas a cabo en Polonia, Israel y EE.UU. No hay personajes ficticios en este relato donde no se soslayan las relaciones de los judíos, complejas, con los gentiles así como las dificultosas alianzas dentro del movimiento clandestino polaco en el devenir de la guerra, tanto las victorias como las derrotas, en los frentes oriental y occidental y las “cambiantes políticas de los nazis, las cínicas decisiones tomadas por Londres (el vínculo de la resistencia armada de los polacos “arios”) y Washington” o

la intervención del Ejército Rojo días después de la invasión que dejó partido al país: la vida judía en la zona soviética fue diferente no exenta de conflictos pero todo acabó cuando la URSS fue invadida.

En 1940, los EE.UU. cerraron sus puertas a refugiados judíos basados en una legislación de 1926 que descalificaba a los que procedían de Europa Oriental; entre los que no pudieron recibir visado norteamericano estuvo la familia de Ana Frank. Había información de la tragedia. El 27 de junio de 1942, una pequeña columna del New York Times informaba: “700.000 judíos declarados muertos en Polonia”. Casi al mismo tiempo en las Islas Bermudas, Churchill y Roosevelt se declaraban impotentes para evitar el Holocausto. En la escasa cobertura extranjera The Times, de Londres, en una breve reseña escribía “dos millones de judíos han sido asesinados y otros cinco millones se enfrentan al exterminio”.

Brzezinski cuenta de los tiempos de la colaboración germanosoviética y cómo los partisanos que conformaron el Ejército Nacional Polaco, ligado al exilio de Londres y antisoviético, saboteaban los envíos de petróleo ruso a Alemania. El papel de este movimiento militar clandestino con los judíos fue complejo y a veces predominó el atávico antisemitismo (no pocos judíos fueron asesinados por ellos por ser considerados bolcheviques) o la desconfianza. Por eso, cuando la ZOB les pidió armas, o respondían que “los judíos no luchan” o se las retaceaban. La ZOB apeló al soborno a integrantes de la corrupta Gestapo para conseguir algunas armas, con dinero “confiscado” a los judíos millonarios.

Los sobrevivientes escaparon del gueto por las alcantarillas; fueron duchos en su manejo: sólo unos 55.000 judíos sobrevivieron a la masacre, no pocos, protegidos por familias católicas o en conventos y casas de campo cristianas.

Mordechai Anielewicz se negó fugarse e ir, como lo sugirieron los polacos arios, a formar una guerrilla en los bosques: se suicidó luego de pelear como un gladiador y ser un ejemplo para los suyos.

Isaac, a quien la rebelión lo encontró en la zona aria, organizó a los dispersos combatientes, participó en el levantamiento de Varsovia con 150 mil muertos “elevando el número de muertos de la capital polaca a más de 700 mil desde el inicio de la guerra. Murieron más habitantes, tanto judíos como gentiles, a manos de los nazis que estadounidenses en la Guerra Civil”. Los soviéticos estaban a orillas del Vístula y se desentendieron de la masacre. Ya con el fin de la ocupación nazi, Isaac logró que miles de sobrevivientes fueran a Palestina.

PISTAS

POR
HECTOR PAVON



40 AÑOS DEL GOLPE EN CHILE Las horas previas al otro 11 de septiembre

Existen diferentes versiones sobre el papel de Augusto Pinochet en la preparación del golpe de Estado que el 11 de septiembre de 1973 derrocó al gobierno de Salvador Allende. La paradoja es que muchos militares desconfiaban de la predisposición de Pinochet, ya que, increíblemente, era un hombre de confianza de Allende, quien murió sin poder creer que Pinochet estaría al frente del movimiento golpista.

Ese Pinochet indeciso había sido apodado “el burro” por sus compañeros de la escuela primaria y como tal lo llamaban sus compañeros de armas y también sus enemigos. Había obtenido ese sobrenombre, en parte, por sus bajas calificaciones escolares y también gracias a su risa semejante a un rebuzno. Esa voz acompañaría desde el poder a los chilenos durante 17 años. Ese general de quienes muchos se burlaban todavía estaba indeciso horas antes del 11 de septiembre sobre qué papel jugar. De todas formas, aunque él mismo se haya adjudicado la autoría del plan en su autobiografía, es seguro, como relata Mónica González en



La conjura, que Pinochet se incorporó tarde al grupo golpista, recién el 10, un día antes.

La noche antes los Allende no pudieron cenar en paz. Se enteraron de que camiones con tropas habían salido de la ciudad de Los Andes en dirección a Santiago y al mismo tiempo se sabía que los barcos de la Armada habían zarpado para integrarse a la “Operación Unitas”, una supuesta operación ya agendada en las aguas del Pacífico con fuerzas norteamericanas. Allende todavía tenía esperanzas de lanzar al día siguiente una convocatoria a un plebiscito para ratificar o dejar el gobierno y así apaciguar las feroces voces de la oposición.

“Rendición incondicional, nada de parlamentar”, ordenó el ya dictador por radio mientras La Moneda se incendiaba. Allí dentro iba a morir Allende con la metralladora en mano que su amigo Fidel Castro le había regalado. Ya era tarde. El sueño del socialismo democrático terminaría en llamas y torturado.



DESTRUCCION DE PATRIMONIO Bombas que matan hombres y cultura

La cuenta regresiva ya se ha iniciado. No basta la barbarie de la guerra civil que sobre su gente y ciudades se abate sino que los soldados norteamericanos ya ensayan maniobras de invasión para detener, una vez más, el uso de armas químicas. Y entre esas primeras víctimas ya se cuentan varios sitios que constituyen el patrimonio cultural del país que han sido dañados o destruidos. La UNESCO, preocupada por el Patrimonio Cultural sirio, ha publicado varios informes sobre los daños. En junio incluyó seis singulares monumentos culturales sirios en su lista del patrimonio mundial amenazado. El ya parcialmente destruido casco histórico de Alepo es uno de ellos. Alepo guarda una rica historia. La ciudad

se menciona por primera vez en documentos de fines del siglo XIX aC. Su ubicación en el Mediterráneo la convirtió en un importante centro cultural. Uno de los puntos bombardeados ha sido el Zoco de Al-Madina, el mayor bazar de Cercano Oriente de 350 hectáreas de calles comerciales repletas de mercados callejeros. La muralla de cinco kilómetros que lo rodea no pudo protegerlo. En 2012, en medio de los combates entre el gobierno y los rebeldes, ardió en llamas. También la ciudad vieja de Damasco, poblada desde hace 4.000 años, es parte del Patrimonio Cultural protegido por la UNESCO. Antes del levantamiento contra el presidente Bashar al-Assad, este casco histórico, con sus mercados, restaurantes, iglesias y mezquitas, era una de las principales atracciones turísticas de Siria. Pero en junio de 2013 la zona se convirtió en blanco de las bombas. La ciudad-oasis de Palmira también está amenazada. El arco triunfal sigue en pie, pero algunas ruinas arqueológicas ya han sido saqueadas. Palmira es el símbolo arquitectónico de Siria. Su avenida de columnas corintias, el arco triunfal de los severos, y la muralla del templo de Bel ya han sido marcados por las balas. Las primeras víctimas se cuentan de a miles de personas y de años.